

que corrobora esos datos; á saber: que sólo es posible determinar por siglos la fecha de la llegada de los polinesios á Nueva Zelandia y á los otros territorios cuyas inmigraciones son más recientes; la colonización de Tahiti es de época anterior, pero todos estos cálculos se apoyan naturalmente en fechas conocidas. No podemos creer que antes del comienzo de la tradición existiera la nada, siendo muy probable que algunas emigraciones casuales precedieran á las emigraciones grandes y hechas con perfecto conocimiento que acabaron por fundar un reino. No faltan tampoco emigraciones más modernas: Crescent, colonizada desde Mangarewa, contará apenas 100 años y no será más antigua la colonización de Tubuai (islas Australes) realizada por consecuencia de un naufragio ó arribada forzosa en 1790.

La causa principal de las emigraciones ó sea el exceso



Toangos del Norte de Sumatra (De una fotografía).

de población debió haber ejercido en otro tiempo mucha más influencia que en la actualidad, puesto que hay muchas cosas que indican que en tiempo antiguo la población era allí mucho más densa que hoy en día, corriendo naturalmente parejas con esta mayor densidad un grado superior de cultura. Nuestra mirada al escudriñar el camino que en pos de sí ha dejado el pasado encuentra restos de generaciones desaparecidas que acusan tiempos muy distintos de los actuales y sobre todo mayor población, actividad más notable y obras más duraderas. A la mayor parte de Polinesia y quizás también á muchos puntos de Melanesia puede aplicarse lo que dice un viajero hablando de las Palaos: «En todas partes encontré á los habitantes tímidos y corteses; á los reyes poderosos y al país cruzado por numerosos caminos empedrados, pero la población no era tan densa como fué sin duda en otro tiempo á juzgar por todos estos indicios.» Hasta en las miserables Paumotu, en Dean Island por ejemplo, encontró Wilkes embalsamados y formando peldaños los abruptos senderos que conducían á las elevadas plantaciones de los indígenas. Refiere el propio autor, aunque sin hacer comentario alguno, que algunos de sus acompañantes pretendían haber visto en Manhii, Paumotu, un sarcófago de piedra; pero lo más probable es que tomaran por tal un dolmen. En el templo de Mokoia se enseñaba un sepulcro de piedra que se suponía ser del gigante Tuorangi, siendo muy notable

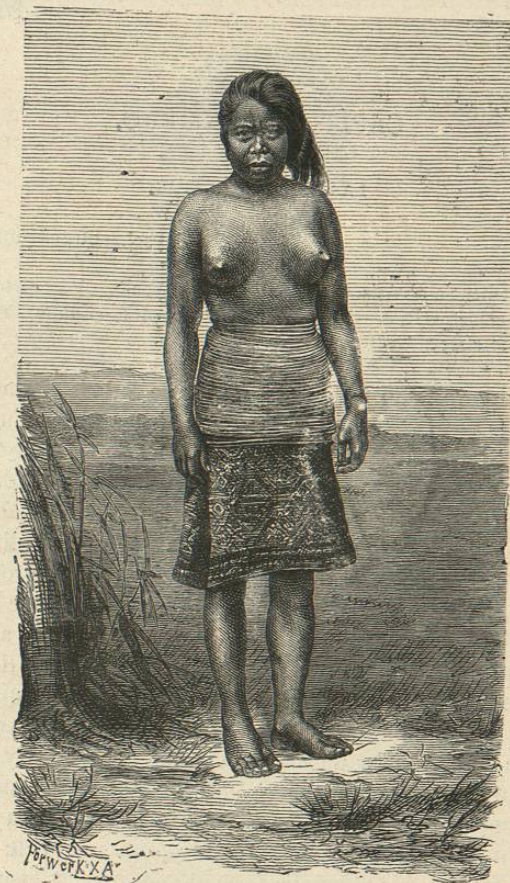
que análogos objetos se supongan con frecuencia existentes en las pequeñas islas. En Pitcairn, los cimientos del Morai son de piedra, encontrándose también allí hachas de piedra, y en algunas grutas esqueletos teniendo á su lado signos simbólicos de la luna, de las estrellas, de pájaros, etc.; en las colinas de la isla Rapa se ven antiguas fortalezas y junto á un camino de piedras ciclópeas hay, en Huaheime, un dolmen construido en forma de terrazas en un Morai. En la capital de Tongatabu vió Cook un sitio circular algo levantado que los indígenas denominaban *Itschi* y que era considerado como de propiedad del rey: llegábase á él por dos caminos artísticamente practicados en dos lados y construidos con peñas coralinas y tierra encima. Tenía este lugar 3 metros de altura sobre el suelo por 30 pasos de diámetro y los caminos que á la entrada eran muy estrechos se iban ensanchando poco á poco: de estos tenía el uno 74 y el otro 40 pasos de longitud. Todo se encuentra hoy en estado de ruina siendo imposible decir si algún día estuvieron las plataformas coronadas por sepulcros ó por monumentos de otra clase. Monumentos los había en estas islas, pues sabemos que los vencedores levantaban en el campo de batalla un monumento conmemorativo de su victoria. Las ruinas de Nanmatal en Ponape consisten en cierto número de vallas cuadrangulares trazadas con columnas naturales de basalto y entran en el agua de tal manera que cuando viene el flujo aparecen separadas unas de otras por canalizos, formándose de esta suerte 80 islas de piedra en algunas de las cuales hubo en otro tiempo mausoleos. En estas ruinas se levanta el sepulcro de los reyes de Matalanim sobre unos cimientos de 2 metros de alto por 80 de largo y 70 de ancho: este monumento, cuyas paredes formadas con columnas de basalto, tienen un espesor de 3 metros, alcanza una altura de 8 á 10. Algunas cavernas artificiales fueron indudablemente en otro tiempo lugares fortificados ó sitios de refugio; Cook vió en Hawai una de estas cuevas que tenía 70 metros de longitud, 5 de anchura y otros tantos de altura: abierta por sus dos extremos, estaba surcada por sus lados como labrada á escoplo y todas las paredes interiores aparecían bruñidas gracias probablemente á la acción del fuego. Análogas obras encontramos con frecuencia en el interior de islas hoy únicamente habitadas en sus costas (véase el grabado de la pág. 569).

La isla de Pascua, esta isla bajo muchos conceptos la más notable de todo el archipiélago polinesio, ofrece como ninguna clásicos ejemplos de esta riqueza de restos de una generación más numerosa, más rica y más activa. Son en ella notables en primer lugar las colosales estatuas de piedra cuyo número sorprende tanto como sus dimensiones y el grado relativamente elevado del arte lapidario que presuponen. El número de estas estatuas elévase todavía en la actualidad á algunos centenares y su altura alcanza hasta 15 metros, siendo de 3 metros la anchura de hombro á hombro en algunas de ellas. Varias aparecen derribadas y semienterradas en montón; otras, en cambio, se levantan aún sobre anchas plataformas construidas con piedras labradas. Muchas de ellas debieron ostentar en su origen sobre su cabeza una especie de gorro de piedra encarnada que, según descripción de Cook consistía en un cilindro de 1 y $\frac{1}{2}$ metro de diámetro. Dumont d'Urville las dibuja también con este gorro. El capitán Geisler encontró en 1882 algunos ídolos labrados al relieve en las peñas y amontonados junto á ellos algunos escoplos de piedra con los cuales se llevaría indudablemente á cabo ese trabajo. La parte más perfecta de todas estas esculturas es siempre la cabeza; en las espaldas se ven á menudo grabados jeroglíficos.

¡Y estas estatuas de piedra, una de las cuales declararon de imposible transporte al buque los marinos alemanes, hubieron de ser descendidas de las montañas por medio de cuerdas y colocadas luego en hoyos, es decir enterradas! Ya se comprenderá que desde muy antiguo estas estatuas de piedra que por su número y magnitud contrastan con la pequeñez de la isla y por el grande y hábil trabajo que suponen contrastan aún más con el estado de sencillez en que los primeros europeos encontraron á los indígenas, dieron desde muy antiguo lugar á consideraciones especulativas acerca de su origen. Un crítico tan juicioso como Beechey declaraba en absoluto imposible que los insulares de Pascua pudieran haber realizado este trabajo, pues así la escultura como la construcción de tales obras estaban muy por encima de lo de que aquéllos eran capaces. Teniendo en cuenta cuanto puede hacerse en mucho tiempo y considerando que, según la tradición, correspondía este arte á una clase sola, la de los «constructores de ídolos,» puede creerse más fácilmente en la posibilidad de trabajar la lava dura y traquítica que en la de mover y levantar tan enormes moles de piedra. La dificultad de contestar á estas preguntas aumenta gracias á la ignorancia en que estamos respecto de la antigüedad de esas estatuas, de la razón por la cual tantas han sido derribadas y finalmente del objeto á que las mismas fueron destinadas. Todos los observadores han coincidido en que habían sido construidas por antiguas generaciones, pero ni siquiera aproximadamente han podido fijar la edad de las mismas. Entre el grupo probablemente más antiguo y el más moderno parece notarse cierto progreso. Sólo una cosa se sabe positivamente y es que la existencia de estas estatuas de piedra destruye por completo la opinión de que la colonización de la isla de Pascua data de pocas generaciones. Estas obras artísticas pueden haber sido derribadas por los terremotos tan frecuentes en este archipiélago volcánico. En cuanto al objeto de las mismas nada han podido sacar en claro los observadores así antiguos como modernos. El capitán Geisler observó que los actuales indígenas ancianos sabían dar un nombre á cada una de dichas estatuas de piedra; Cook y Forster comprendieron que las palabras *Moi* y *Mohai* eran las designaciones con que se las nombraba á todas, siendo de notar que en las Marquesas *Mohai* significa ofrecer, sacrificar. Otros citan como nombre genérico el de Anga-Tabu (el significado de la primera palabra es desconocido). En vano se ha pretendido explicar lo que significa cada uno de estos nombres: lo más probable es que con estas estatuas puede relacionarse una leyenda que Moerenhout oyó en Raivavai, islote situado cerca de la isla de Pascua en el cual hay estatuas análogas y cuyos indígenas dicen, refiriéndose á ellas, que son las divinidades que marcan los límites, especialmente los que separan á la tierra del agua y quizás

también los que se alzan entre el mundo de los hombres y el de los dioses, entre la vida y la muerte. La palabra *Tii* de los tahitianos es la misma que la tan á menudo oída *Tihi* de los maoríes y en las dos formas significa una estatua, una estaca que indica que el lugar en donde está puesta está tabuído. Moerenhout dice también que la palabra *Tii Papa* sirve para designar las estatuas de piedra de Raivavai y como *Papa* significa roca lo propio en el idioma tahitiano que en el marquesano, de aquí que tal nombre cuadre perfectamente á las estatuas de piedra.

Los muros destinados á distintos objetos como los que



Mujer dajake de Borneo (De una fotografía del álbum de Damann).

encontramos en la isla de Pascua ora en forma de plataformas superpuestas, ora de cuevas abiertas sobre la tierra ó subterráneas, unas veces pintadas y otras sin pintar, aumentan el carácter enigmático peculiar de toda la etnografía de esta isla. En las islas polinesias, sin embargo, abundan las construcciones ciclópeas reapareciendo las plataformas en los grupos más cercanos tales como el de las islas de la Sociedad y el de las Marquesas.